

CONSIDERACIONES PREVIAS AL ESTUDIO DE LA VIOLENCIA

9 uisiera intentar responder aquí a la siguiente pregunta: ¿el psicoanálisis tiene suficiente competencia para hablar de violencia? Sabemos de entrada que este no es un concepto psicoanalítico y que el contrato dialógico que está en el origen de su experiencia condena las violencias a los límites de dicha experiencia. Así las cosas, podría dudarse de lo que el psicoanálisis diga sobre ella pues se trata, en suma, de una experiencia hecha sólo de palabras y la violencia, en cambio, es inefable.

Hallamos en esto una objeción que merece ser atendida sin dilaciones; son innumerables las ocasiones en que el psicoanálisis aduce la clínica como prueba y sustento de lo que afirma. Y aunque no nos incumbe aquí pronunciarnos sobre los abusos y distorsiones a que pueda prestarse tan delicada articulación, sí nos corresponde, más allá de ese buen o mal uso, estudiar lo bien o mal fundado de tal reparo.

Este primer escollo que enfrentamos es, a decir verdad, más fácil de solucionar de lo que a primera vista parecería, aunque vale decir que tampoco hemos de tomárnoslo a la ligera pues se juega en ello no solamente lo que concierne a nuestra posible articulación, sino sobretodo el fundamento clínico del psicoanálisis: de su experiencia, es decir, de su formalización.

Responderemos entonces así: ¿cuál es la experiencia que no está hecha de palabras? Pues bien las diversas respuestas a esta pregunta podrían indicarnos muy precisamente el lugar que le otorga al lenguaje cada uno de nuestros respondientes.

En cuanto al psicoanálisis, la palabra no es una forma privilegiada de la experiencia, sino su tejido mismo; y en ese sentido puede decirse que el lenguaje hace a la esencia de lo humano. La cuestión está, a partir de este punto, en preguntarse si la violencia es del orden de lo que acabamos de definir.

Nos bastaría seguramente con afirmar que es en el hecho de nombrarla: VIOLENCIA, que ella deviene una experiencia, y con esto damos ya un paso gigantesco, pues sin él ninguna posibilidad habría de referirnos a ella, menos aún de escribir artículos. No basta,

*los ojos inmensamente abiertos de Bolívar
se fijaron en el vacío*

EL ULTIMO ROSTRO
Alvaro Mutis

La relación del psicoanálisis con la palabra lo ubica en un lugar preferencial para pronunciarse sobre la violencia en muchos aspectos y para elevar una crítica al estado actual de la investigación. El autor subraya nueve puntos sobre la violencia que deben siempre tenerse en cuenta en el momento de emprender su estudio.

sin embargo, para hacer de la violencia algo específicamente humano; no más de lo que podríamos afirmar que todo nombramiento introduce la cosa en el campo de lo humano. La violencia es aquí tan humana como es humano un rayo, el frío, la célula, el día y la noche.

Si quisiéramos abogar en favor de otro estatuto para la violencia seguramente nos bastaría con comparar diferencialmente al hombre con los animales, aunque constatar poco o nada de violencia en estos últimos no nos permita responder a la pregunta sobre la esencia de lo humano sino afirmar sencillamente que el hombre es el único animal violento.

Pero volvamos a nuestro problema inicial: una vez que hemos insinuado para lo humano un lugar tan protagónico al lenguaje, ¿qué estatuto otorgaremos a lo inefable? Diremos que hace parte de ese campo distintivo que acabamos de definir para lo humano. Este estado de cosas no deja lugar a la dicotomía inherente al planteamiento original: no hay lo inefable puro de un lado, sumido enteramente en lo real, ni la palabra pura del otro, que se desprendería de lo real para captarlo de vuelta.¹

A esta última articulación discursiva, a este razonamiento, puede objetársele no ser más que un truco que resolvería el problema que se nos ha planteado. Es aquí donde resulta imperativo tomar la vía de la clínica como prueba, aún si un artículo no es lugar para probar nada sino para dar cuenta de una concepción de lo humano que no sería la mía únicamente, sino la que se desprende de una clínica y una teorización (que hacen una) muy particulares.

Ello no quita, sin embargo, que sigamos por un momento el movimiento mismo de Freud para darnos cuenta que aún desde sus primeros textos, ese énfasis tan radicalmente puesto sobre la palabra daba cuenta de que eso podía hablar, digámoslo así, que aquello que a primera vista podríamos llamar lo inefable podía no obstante inscribirse en el orden del lenguaje, y ello por el solo hecho de que, de una forma u otra, estaba ya y desde siempre en el orden del lenguaje.

¿Cómo entender de otra manera que Freud se

1. Esta última frase asimila y transforma la que Jean Hyppolite utiliza en su *Comentario hablado sobre la Verneinung de Freud* a propósito de las relaciones entre lo afectivo y lo intelectual: "no hay lo afectivo puro de un lado, enteramente metido

reserve para sí el tratamiento de las piernas de Elisabeth von R. si no porque son unas piernas que hablan y porque, como él mismo lo dice, "el gesto [que] no armonizaba con el dolor [...] probablemente concordaba mejor con el contenido de los pensamientos escondidos tras ese dolor...?"

Entonces, ese gesto que más parecía reacción a unas *voluptuosas cosquillas*, estaba asociado a pensamientos.

Y el texto continúa: "...[pensamientos] que uno despertaba en la enferma mediante estimulación de las partes del cuerpo asociadas con ellos". Aquí tenemos entonces la razón por la que Freud se interesaba en esa pierna, o en ese gesto: porque ello no se agotaba en sí mismo; porque eso remitía a otra cosa, a pensamientos digamos, a la historia del sujeto que le es ofrecida en palabras.

Inversamente también, puede decirse que el interés que Freud le da a la palabra resulta de que tampoco la palabra se agota en sí misma, y que gira por tanto alrededor de un algo que intenta cernir y que, por eso mismo, resulta siendo su resorte.

Idéntica conclusión podemos extraer si echamos un vistazo

longitudinal a la obra freudiana en lo que concierne a sus intentos por dar cuenta de la causa: independientemente de la forma concreta como ésta se plasma en la teoría (como trauma, escena primitiva o seducción infantil), está el hecho de que la palabra es la vía regia para bordear o atrapar ese real, aún si esa verdad resulta siendo siempre un decir a medias.

Retornemos ahora con lo que nos aporta la clínica al asunto de nuestro interés y formalicemos,

PUNTO UNO: Solamente hay violencia en el orden del lenguaje.

PUNTO DOS: No hay violencia sin palabra.

Por eso, descartemos de entrada un pretendido instinto de muerte como panacea de la explicación de la destructividad interhumana. Y no se trata de que esta no sea concebible ni aún que no ocupe algún lugar. Explicar la violencia remitiéndola a un oscuro instinto agresivo, a una teorización global de lo que el hombre carga de

en lo real, y lo intelectual puro del otro, que se desprendería de lo real para captarlo de vuelta." p. 397.

destruccion no explica nada, tanto mas si damos por sentado que la violencia no es la agresividad ni la agresión. En el psicoanálisis se ha abusado mucho de estos conceptos, entre los que se incluye y se mezcla confundiendo los al instinto de muerte. Se trata generalmente

con ello, de apuntar como con perdigones por igual a la evidencia histórica indiscutible de que la historia de la humanidad es la historia de sus guerras sucesivas; a la intención agresiva que porta en su otra cara el acto de caridad; a la idea evolucionista según la cual esa agresividad misma estaría operando como sustrato de la realeza de los vencedores; y también al apego del hombre a sus síntomas, al continuo retomar de la historia del sujeto en la repetición, al masoquismo primordial...

Si el psicoanálisis no tuviera mas que eso para decir (en el caso de que fuera eso lo que realmente dijera) no avanzaría mucho más que quien, no conociendo la explicación de un fenómeno, convoca las fuerzas de la naturaleza. El psicoanálisis debe estar en la posibilidad de dar explicaciones y se le deben exigir. Pienso, por lo demás, que jamás ha dado un paso atrás ante esta exigencia.

El psicoanálisis tiene una teoría de la agresividad. En ella el cuerpo juega un papel preponderante, pues al parecer funda en un mismo movimiento tanto la unidad como la fragmentación. Las intenciones agresivas hallan así "vectores electivos", puntos muy específicamente ubicables a donde apuntan y que están siempre del lado de lo fragmentado: "castración, eviración, mutilación, desmembramiento, dislocación, destripamiento, devoración, reventamiento del cuerpo, incisión y circuncisión" en las prácticas sociales, "cabezas arrancadas y vientres abiertos" en los juegos espontáneos de los niños." (Lacan). ¿No es esto acaso lo mismo que hallamos en el acto violento cotidiano, de cuyos afinados métodos nos enteramos no solamente en investigaciones descriptivas y en las sutiles descripciones de nuestros noticieros radiales sino también en la portada de uno de nuestros diarios vespertinos, ampulosamente anunciado por toda la ciudad: cuerpo fragmentado según el menú del día siempre acompañado de otro cuerpo, de mujer esta vez?



Entonces, PUNTO TRES: La violencia solamente es posible allí donde hay un cuerpo. No hay violencia sin cuerpo.

¿Verdad de Perogrullo? En absoluto. Sin embargo, postulo enseñada que esto no basta para explicar la violencia. A lo

sumo quedaría explicada la agresión. Si solamente esto tuviera el psicoanálisis qué decir sobre la violencia, no veo lo que me autorizaría a hablar de violencia y no simplemente de agresividad humana.

La violencia nos interesa por su vínculo con lo social. El sujeto que se descubre en la clínica psicoanalítica tiene muy poco de individuo. El individuo, el individualizado tiene mucho de falacia, de falso fundamento teórico que realza una pretendida autonomía del hombre respecto a su entorno; que a su vez desemboca en la ideología de un yo erigido en sí, por sí y para sí mismo. Lo que la clínica descubre en cambio, es al socio, *socius*, lo social, la sociedad, el otro, ya sea como fundamento de la posibilidad de acceder a un cuerpo en la alienación especular o aún mas radicalmente al lenguaje, que le es exterior, que lo antecede, que lo violenta a inscribirse allí, sin chistar, sin opción. "Yo es otro" y "el deseo es el deseo del otro" sentencian un sujeto social y un sujeto dialéctico, dialógico. Así debe concebirse al aparatage analítico: en un montaje muy preciso para trabajar con ese sujeto estructurado en y por la relación, el diálogo. El descubrimiento de este sujeto (y no solamente su descubrimiento sino el pertinaz empeño del psicoanálisis por hacerlo hablar tal cual) están en el fundamento de lo que autoriza al psicoanálisis a hablar de violencia: "...[el diálogo analítico], como se lo puede impulsar hasta las mas radicales significaciones, gana lo universal que se encuentra incluido en el lenguaje y... lejos de poder eliminarse de la antropología, constituye el fundamento y el fin de ésta, pues el psicoanálisis no es más que una extensión técnica que explora en el individuo el alcance de la dialéctica que acompaña los partos de nuestra sociedad..." (Lacan).

2. Desde aquí podríamos desprender la consabida discusión entre psicoanálisis e institución, que puede de otra forma ser planteada entre sujeto e institución. Cfr. el artículo de P. Guyomard & A. Vanier: Las Formaciones de la Institución.

De esta manera, la oposición entre lo individual y lo colectivo queda sin fundamento y damos paso a una problemática entre el sujeto y lo social, cuyas relaciones no por ello quedan saldadas en adelante.

El sujeto del psicoanálisis no se instituye, se constituye, Lo social en cambio, sí. Lo social se plantea como institución, y en tanto tal llama al sujeto al orden.² Hallamos aquí nuevamente la noción de cuerpo pero en tanto cuerpo institucional.

La institución social hace uso de la violencia en su llamado al orden, lo que seguramente permitirá hablar de violencia institucional, pero no de institución de la violencia, pues la institución es siempre un ejercicio del orden, de la "práctica de un saber", como dice Masotta.

PUNTO CUATRO: la violencia es siempre violencia del Otro.

PUNTO CINCO: la violencia se constituye en exterioridad a lo social.

Creo que hemos avanzado. El psicoanálisis se nos revela no solamente acreditado para decir algo sobre la violencia sino además muy bien parado para hacerlo. Mucho se ha articulado sobre la violencia. Creo que sobre ello el psicoanálisis tiene, más que una palabra para decir, el privilegio de la sanción. A partir de aquí, ¿qué valor otorgar a la idea de una cultura de la violencia? ¿Puede hablarse de semejante cultura? La cultura ¿no se funda acaso en la renuncia a la violencia?, ¿o acaso se trata de decir que no estamos inscritos en la cultura? Creo que falta en ello una revisión de lo que se entiende por cultura. Así mismo, qué decir de la idea de que la violencia es el único lugar de confluencia para la identificación de todos los colombianos; el bipartidismo y la identidad; "las subculturas políticas mutuamente excluyentes y hereditarias: la liberal y la conservadora" (Análisis 2). ¿Puede hablarse de una identificación con la violencia? ¿Qué hay de las atractivas tesis de D. Pécaut, una de las cuales nos recuerda la división de lo social, la escisión de lo social que en su intento de instituirse simbólicamente hace uso, a través de lo político, de la violencia potencial o real? ¿Qué decir de tanto papel escrito que busca en el último accidente histórico la explicación y la salida a la violencia?

En todo caso, una cosa salta a la vista: urge elevar una crítica a la investigación histórica que funda su material en la accidentalidad del hecho en su valor de trauma. A ello se une la pobreza de las conceptualizaciones y de los términos que pueblan la espesura de tales investigaciones, entre los cuales los de cultura, sociedad, poder y violencia resultan ser de los menos favorecidos.

Aquí hay que preguntarse hasta dónde va el psicoanálisis. ¿Se erige como crítica de la cultura? ¿Ha de ir a excavar en los avatares de la historia de Colombia?

La violencia no nos interesa hoy en el vacío, sino en la medida en que nos acompaña aquí mismo, en todo

momento, sentada a la mesa o en la menor correría. Es un amigo fiel, una sombra, es lo que intentamos bordear, abordar sin lograrlo hoy. A eso le llamaré lo real de la violencia, lo inabordable, lo que se nos queda en el tintero a pesar de tanta palabrería. Y no es que no lo intentemos. Basta con revisar la extensa bibliografía. Mil y una descripciones, mil y una estadísticas, mil y un ensayos. Y ella tan campante, tan inamovible, como una estrella, como el sol en su recorrido eterno.

El psicoanálisis sabe bien que su clínica, que es una clínica de lo real, es una clínica de lo real por lo simbólico. Y sabe bien que ello no quiere decir "compilación de hechos de la historia que expliquen al sujeto". Plantea en cambio que la historia está por reconstruir, por elaborar, única forma de hacerse a ella. Las operaciones del psicoanálisis "son las de la historia en cuanto que constituye la emergencia de la verdad en lo real" (Lacan).

A su vez entonces, se erige como fundamento para todo estudio sobre la violencia una mirada a los conceptos de historia e historización primaria y secundaria, para lo cual la lectura de *Función y Campo de la Palabra...* en su aparte consagrado al tema podría aclarar no solamente el lugar donde confluyen el psicoanálisis y la historia, sino principalmente dejar sentado que no hay historia sin sujeto ni verdad.

La verdad tiene así la estructura del mito, en la medida en que comporta una estructura muy particular que es la de la historia y que compromete una verdad y un sujeto para quien esa verdad guarda su sentido.

Es en esta perspectiva que merece que se aborden los mitos fundadores: *Bolívar es el Padre de la patria* y *Santander es el Hombre de las Leyes*. Con lo cual no pretendo sino leer en Alvaro Mutis y Gabriel García Márquez para el primero y en Fernando González para el segundo que de lo que se trata es de historización primaria y secundaria para el surgimiento de la verdad.

Y si acaso no bastare con la lectura de "El General en su Laberinto" para quedar convencido de que las clarividentes apreciaciones de Su Excelencia han de entenderse como "la historización actual de los hechos que determinaron ya en su existencia cierto número de vuelcos históricos" (Lacan), váyase hasta sus *Gratitudes*, en el que las traslúcidas explicaciones de su autor logran darle a su texto la estructura que le es propia, para lo cual es necesario tomarse tan en serio su afirmación de que "los fundamentos históricos me preocupaban poco", como su renuencia a agradecer ciertas "ayudas" que ciertamente no apuntaban sino en la dirección contraria a su esfuerzo, que como tal había de contemplar desde la posibilidad de un Bolívar comiendo mangos con deleite infantil a pesar de que "aún faltaban varios años para que el mango llegara a las Américas", hasta los "contrasentidos, repeticiones, inconsecuencias, errores y erratas" que le dan al mito un asiento de verdad que no se confunde con lo fáctico.

Así pues, esas *Gratitudes* se convierten en parte vital del texto, no precisamente para cumplir con el cometido que se anuncia sino sobre todo para contrarrestar la mano aséptica del historiador que ha intervenido siete versiones en su vano intento por reducir los "fueros desaforados de la novela" a accidentes históricos.

Otro es el proceder en la investigación histórica que Fernando González ofrece en su *Santander*:

"...el héroe nacional no es propiamente una figura histórica, sino que tiene de leyenda o de invención lógica de la nacionalidad a que sirve de núcleo: trátase siempre de personaje que fue histórico y sobre cuya historicidad va laborando la psiquis nacional, quitando aquí, agregando allí, puliendo, falsificando documentos mediante interpretación que tiene de lógica vital. [...] En tal sentido la historia es mistificadora, pero mistificadora lógica y que responde a necesidades vitales del devenir".

Por esta vía lograremos de pronto evitar los escollos moralistas que se le opone a todo aquel que, con Fernando González a la cabeza permite pensar y recuperar el segundo mito a la luz de una máxima consabida: que las leyes son para violarlas.

Volquemos por último nuestra mirada sobre la historia en tanto historización primaria, para constatar con Lacan una vez más que ésta se organiza en subjetividad ya cuando es vivida y que no es fundamentalmente diferente de la que hallamos en la historización que de ella hace un niño de apenas seis o siete años:

"De otro mundo calló a la tierra una maza de barro en la selva e hizo temblar la selva. Se destapó una puerta y los animales y árboles se salieron. Los animales se fueron a armar sus casas y los árboles se sembraron y los ríos se formaron de esta manera se formó la selva".³

en donde hallamos todos los elementos que hacen del mito el vehículo para la actualización de la historia:

"EL ORIGEN DEL MIEDO. en Colombia se imbestaron el miedo un día muy temprano que salió un indio y los demás indios sintieron algo en el pecho y dijeron que era miedo".⁴

y cuyos linderos posiblemente diferenciables entre un interior y un exterior se hallan por lo demás fundidos en un solo interés:

"EL ORIGEN DE LA LIBERTAT. En un capo cerca a Bogotá había una casa. En la casa vivía un Señor muy regañón y se creía dueño del mundo Pero un día toda la gente se dispuso a Matarlo porque estaban cansados. Lo mataron y todos estu-

vieron en libertat. FIN".⁵

Para terminar quiero proponerles un resumen, usando los conceptos de Real, Imaginario y Simbólico, correspondientes a los tres registros en que toda violencia queda comprendida.

I - R. Lo imaginario de la violencia se inscribe en el real del cuerpo. El acto de violencia es una realización de lo imaginario (R - I).

S - I. Lo simbólico de la violencia se inscribe en lo imaginario de la institución. La violencia institucional imaginaria lo simbólico (I - S).

R - S. Lo real de la violencia solamente puede hallar una inscripción en lo simbólico del mito. El mito simboliza lo real (S - R). Así mismo, otras dos clínicas son siempre posibles de plantear y han sido planteadas de antaño y aún hoy parecen imperar.

Con lo cual, podemos llegar a concebir la violencia en términos de nudo: borromeo, valga decir.

A su vez, esto nos permite vislumbrar tal vez una de las razones que desvía inevitablemente las investigaciones sociológicas en este campo, en la medida en que se funda sobre un prejuicio que no se permiten poner en duda.

Para el psicoanálisis en cambio, PUNTO SEIS: La violencia no es erradicable; cuando más, podemos hacernos un nudo.

LA VIOLENCIA DE LOS ORIGENES

Lo anterior, considerado en su desarrollo y conclusiones nos deja inevitablemente ante la cuestión de los orígenes, puesto que de alguna manera lo que se afirma habla en el sentido de que no habría violencia sin cultura y viceversa (PUNTO SIETE).

Me contentaré aquí con referirme nuevamente al psicoanálisis de los orígenes. Se trata esta vez del caso de la señora Emmy en el pasaje en donde justamente se ha dicho repetidamente que la histérica le sopla al oído a Freud su fórmula *princeps*.

Conviene aquí transcribir *in extenso* el aparte en cuestión, para dejar al lector la posibilidad de corroborar la extensa riqueza del material clínico y extender seguramente las elaboraciones subsiguientes.

"Tres días antes, cuando empezó a quejarse de su miedo al manicomio, yo la había interrumpido tras su primer relato de que allí a los enfermos los ataban a unos asientos. Noto que así no consigo nada, que no puedo ahorrarme el escucharla en cada punto hasta el final. Retomado y reparado esto, le remuevo también las nuevas imágenes terroríficas, apelo a sus luces,



3. Así en el original. Cuentos con Origen.

4. Así en el original. Ibid.

5. Así en el original. Ibid.

y aduzco que puede creerme más a mí que a la tonta muchacha que le contó esas horripilantes historias sobre los métodos usados en los manicomios. Y como en estos complementos noto que en ocasiones tartamudea un poco, le pregunto de nuevo de dónde le viene el tartamudeo. No hay respuesta. <<¿No lo sabe usted?>>. - <<No>> - <<¿Y por qué no?>>. - <<¿Por qué? ¡Porque no lo tengo permitido!>> (lo dice con violencia y enojo). Creo ver en esta manifestación un éxito de mi sugestión, pero ella exterioriza el pedido de ser despertada de la hipnosis, a lo cual yo condesciendo.

12 de Mayo [por la mañana]. Contra lo que yo esperaba, ha dormido poco y mal. La encuentro presa de gran angustia, aunque no presenta los habituales signos corporales de ella. No quiere decir qué le pasa; sólo que ha soñado cosas feas y que una y otra vez ve las mismas cosas. <<Qué horror si cobraran vida>>. Durante el masaje se deshace de algunas cosas mediante ciertas preguntas, luego se pone alegre, cuenta sobre sus relaciones en su casa de viuda allá en el Báltico, sobre los hombres importantes de la ciudad vecina a quienes suele tener como huéspedes, etc.

Hipnosis. Ha soñado cosas terroríficas, las patas y respaldos de las sillas eran, todos, serpientes; un monstruo con pico de buitres arremetió a picotazos contra ella y la devoraba por todo el cuerpo, animales salvajes se le abalanzaron, etc. Luego pasa sin transición a otros delirios sobre animales que, empero, distingue con este agregado: <<Eso fue real>> (no fue un sueño). Cómo ella (una vez, hace tiempo) quiso tomar lana de una madeja, y era un ratón y salió corriendo, cómo durante un paseo de repente un sapo le saltó encima, etc. Noto que mi prohibición general ha sido infructuosa, y que debo quitarle esas impresiones angustiantes una por una. Por algún camino doy en preguntarle por qué ha tenido dolores de estómago, y de dónde provienen. Yo creo que en ella los dolores de estómago acompañan a cada ataque de zoopsia. Su respuesta, bastante renuente, fue que no lo sabe. Le doy plazo hasta mañana para recordarlo. Y hete aquí que me dice, con expresión de descontento, que no debo estarle preguntando siempre de dónde viene esto y estotro, sino dejarla contar lo que tiene para decirme. Yo convengo en ello y prosigue sin preámbulos: <<Cómo ellos lo sacaron, y yo no he podido creer que está muerto>>. (Vuelve, pues, a hablar de su marido, y ahora dis-cierno como fundamento de su desazón que ha estado sufrien-do bajo el resto retenido, de esa historia.) Y luego por tres años ha odiado a la niña [...] Y luego [...] ..." (pp. 83-84)

¿Qué nos permite decir, entonces, que hay violencia en los orígenes?

¿Qué tenemos? Partimos de un Freud que sabe bien lo que hay que hacer: hipnosis, interrupción del relato, remoción de imágenes y revocación del recuerdo. Y en lo que concierne a Emmy hallamos una dócil sumisión al procedimiento (Freud mismo queda muy sorprendido de su "notable aptitud" para la hipnosis y de su "aceptación sin resistencia" del tratamiento). Respecto a esta situación de base, es evidente que el aparte del texto de Freud que hemos transcrito aquí constituye un corte. Encontraremos la violencia en dos vías:

1. De parte de Freud, un ejercicio de la violencia institucional.

2. De parte de Emmy, el ejercicio de la violencia simbólica.

El primero lleva al silenciamiento del decir del sujeto <<¿Por qué? ¡Porque no lo tengo permitido!>>] A pesar de este gran esfuerzo de Emmy resulta evidente que la violencia como tal no puede ser dicha en palabras, sino

violence et pour avancer une critique à l'égard de l'état actuel des recherches. L'auteur souligne neuf points concernant la violence à tenir toujours en compte au moment d'entreprendre son étude.

que se define por sus efectos (PUNTO OCHO). Por eso lo que viene justamente después es un sueño cuyo contenido da cuenta de esos efectos de la violencia que son efectos del Otro sobre el cuerpo [...un monstruo con pico de buitres arremetió a los picotazos contra ella y la devoraba por todo el cuerpo...]. Justamente se trata de algo muy primario, como Freud mismo lo consigna en nota a pie de página, aunque él mismo no esté en posición de ir más allá, y menos de darse cuenta de que éste era efecto de la violencia inherente a su institución hipnótica.

El segundo [...me dice, con expresión de descontento, que no debo estarle preguntando siempre de dónde viene esto y estotro, sino dejarla contar lo que tiene para decirme.], que podríamos resumir en un ¡Déjeme hablar!, echa las bases de la asociación libre y por tanto de la función de la palabra en el análisis.⁶

Entre las dos, la renuncia de Freud al ejercicio de la violencia. Sin embargo hay que distinguir dos momentos: Freud renuncia primero a interrumpir el relato de Emmy [...no puedo ahorrarme el escucharla en cada punto

6. Se sale así de una "aceptación sin resistencias" para entrar al despliegue de la resistencia en/de la palabra. En el primer caso las resistencias son todas de Freud; en el segundo las resistencias son las del analista, es decir las que resultan de su posición en el concierto de esa palabra que se despliega a partir del momento en que se la escucha.

hasta el final.], pero no renuncia ni a su preguntadera ni a los objetivos de su procedimiento. Esta renuncia no es más que un ardid institucional, un engaño para lograr mejor lo que se persigue: un refinamiento técnico. Y es Emmy quien resiente el engaño, la celada freudiana. Por eso seguramente es aquí y no antes, que la respuesta de Emmy es la que es. Pero Freud no puede más que ver su propia violencia proyectada en ella [...lo dice con violencia y enojo.].

Solamente su segunda renuncia [*Yo convengo en ello, y prosigue sin preámbulos*] es renuncia a la violencia en tanto renuncia a los fines perseguidos hasta allí, así como renuncia paulatina a los procedimientos empleados. Emmy está presta a tomar la palabra sin preámbulos [*<<Cómo ellos lo sacaron, y yo no he podido creer que está muerto>>. (...) Y luego... Y luego...*]: se trata del despliegue de la palabra en la transferencia, con todas sus implicaciones, que Freud hará suya bajo el nombre de psicoanálisis!

Nos queda concluir:

PUNTO NUEVE: La violencia es el poder de la palabra*

REFERENCIAS CONSULTADAS

Análisis: conflicto social y violencia en Colombia. Bogotá: CINEP (Documentos Ocasionales). Nos. 1 al 6.

Cuentos con origen. Bogotá: screen (Escuela Pedagógica Experimental), Nov. de 1991.

Freud S., Estudios sobre la histeria (J. Breuer y S. Freud) (1893-95). En: Sigmund Freud, *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, Tomo II.

García Márquez G., *El General en su Laberinto*. Bogotá: Oveja Negra, 1989.

González F., *Santander*. Medellín: Bedout, 1971.

Guyomard P. & Vanier A. Las Formaciones de la Institución. En: M. Mannoni, *De la Pasión del Ser a la "Locura" de Saber: Freud, los anglosajones y Lacan*. Bs. Aires: Paidós, 1989, pp. 159-184.

Hyppolite J., Comentario hablado sobre la Verneinung de Freud. (1953). En: J. Lacan, *Escritos 2*. Mexico: Siglo XXI, 1976, pp. 393-401.

Lacan J., Función y Campo de la Palabra y del Lenguaje en Psicoanálisis. En: *Escritos 1*. México: Siglo XXI. 1981, pp. 59-139.

Lacan J., Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en Criminología. En: J. Lacan, *La Metáfora del sujeto. La letra y el deseo*. Argentina: Homo Sapiens, 1978.

Lacan J., La agresividad en Psicoanálisis. En: *Escritos 2*. Op. cit. pp. 65-87.

Mutis A., El Último Rostro. En: A. Mutis, *Prosas*. Bogotá: Procultura, 1985.

Pécaut D., *Orden y Violencia*. Bogotá: Siglo XXI - CEREC, 1987, Vol. I. Santander F. P. & Bolívar S., *Cartas Santander-Bolívar*. Bogotá: Biblioteca Presidencia de la República, 1988.

